

serán envueltos en él muchas personas; quien irá á la cárcel, quien será castigado por la justicia, y ántes que salga la sentencia, muchas familias se verán reducidas á vergonzosa mendicidad. Concluid de cuanto he dicho, que si tuviérais una montaña de cobre y minas de oro, apénas bastarian á tantos gastos, y que si vuestro cuerpo fuese de hierro, no podría resistir las fatigas que habrian de sobrevenir.

Por lo tanto el emperador, lleno de piedad hácia su pueblo, os prohíbe los litigios, y lleva su bondad hasta daros instrucciones á fin de que inmediatamente cortéis las disputas que se originen entre vosotros; quiere que viváis en buena armonía con todos. Para conseguir esto, conviene que respetéis á los ancianos, que honréis la virtud, que condescendáis con los ricos y os lastiméis de los pobres, que no os toméis la molestia de apuntar todo aquello que no os parezca segun el órden. ¿Sospecháis que alguno haya querido esparcir alguna mala voz acerca de vosotros? No os apresuréis á vengaros. ¿Hay entre vosotros libertinos? Tratad con buenos modales y dulzura de persuadirlos á que cambien de vida. Durante los males comunes, que vuestra union aparezca en la premura con que acusáis á socorberos mutuamente.

Quiero daros otro consejo no ménos importante. ¿Sois ricos? No os glorieis de comer bien, ni de usar vestidos fastuosos. ¿Gozáis estimacion y autoridad? No abuséis de ellos para oprimir á los débiles y á los que carecen de protectores. Os pido que seáis modestos en la prosperidad, activos y solícitos en el cumplimiento de vuestros deberes; deseo que, ajenos á la ambicion, sepáis contentaros con poco; que

os señaléis por la dulzura y la moderacion; que sobre todo economicéis la hacienda y el tiempo. Pensad en aquellos años que sobrevienen de cuando en cuando, y en que las enfermedades populares, juntas con la escasez de granos, llevan la desolacion á todas partes; vuestro deber entónces es tener compasion de vuestros ciudadanos y aliviar su miseria con vuestro sobrante. Este punto merece toda vuestra atencion y os interesa sobremanera, pues así vuestros colonos se os mantendrán fieles, los campos no quedarán abandonados, los vecinos amarán vuestra dicha, vuestros intereses serán los de todos, y ademas el Cielo por sendas desconocidas os protegerá y colmará de bienes.

Hablemos ahora á los artesanos y á los que ejercen oficios mecánicos. Aunque por las leyes inmutables de una causa superior hayan nacido en la pobreza y en la humillacion, su bienestar consiste en vivir segun su estado, en no fastidiarse de la pobreza ni envidiar sus riquezas á los ricos. Esta moral será para ellos fuente de paz y de consuelo; á un hombre honrado es siempre propicia la fortuna; la virtud sólida y verdadera no puede permanecer mucho tiempo ignorada.

Conocéis ya las intenciones del emperador; pensad en corresponder á ellas. Si lo hiciérais, como no lo dudo, obtendréis ventajas grandísimas; llevaréis el consuelo al paternal corazon de su majestad, no volverán á verse discusiones entre vosotros, ahorraréis á los mandarines el multiplicar las sentencias y los suplicios, proporcionaréis la paz y la tranquilidad al imperio. Cuando estéis de vuelta en vuestras casas, ponéos con firme propósito á practicar tan útil doctrina.

## NÚM. VIII

### LITERATURA CRISTIANA.

#### LIBROS APÓCRIFOS.

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. VI, CAP. XXXIII.

En las manos del vulgo circula un libro titulado *los Siete viajes de Jesucristo*, que sería de desear se quitase de en medio como muchos otros, por los infinitos cuentos de que sobrecarga á la verdad; pero que los curiosos pueden leer con gusto á causa de la multitud de particularidades que da sobre la vida del Redentor, descendiendo á las mas minuciosas é interiores. Sin duda el autor no fué un impostor, sino que las sacó de las tradiciones mas ó ménos seguras, y en especial de los evangelios apócrifos que tuvieron origen en los primeros siglos. En otro lugar (1) hemos hablado de su número, y referido tambien algunas de las tradiciones que contienen sobre Cristo y su madre. La herejía inventó algunas que sirviesen de apoyo al error; otras nacieron de una piedad poco previsora; háylas tambien que pueden estar fundadas en la virtud; las mas resultaron de la curiosidad que naturalmente existia de conocer en sus pormenores todo lo referente á la vida del Salvador, mientras que el Evangelio, no escrito para recrear sino para enseñar, conserva una economía que lo distingue de todas las demas vidas de los fundadores de religiones.

Las bellas artes han acudido á menudo á los libros apócrifos; á ellos se deben insignes pinturas y esculturas, como tambien poesías, novelas y dramas, especialmente en el tiempo en que las Cruzadas, estimulando la fantasia y asociando á las leyendas cristianas ideas orientales, suministraron nuevo pasto á la devocion poco ilustrada. El Evangelio de la muerte de la Virgen fué la fuente en que bebieron muchos predicadores y pintores.

La fe popular no se contentó con reeditar de ficciones y maravillas la vida de Cristo y de María, sino que cada apóstol, cada confesor tuvo

su aureola, tanto mas radiante cuanto ménos mezclada habia estado su vida con los sucesos auténticos del Evangelio. La riqueza y libre desarrollo de estas otras leyendas se muestran cual debia esperarse de hombres que en la juventud habian conocido quizá á sus héroes, los cuales al fin eran simples mortales, y no el Mesías ni la Virgen, elegida por su madre *ab aeterno*. El campo ademas era mas vasto, el tema mas fecundo, pues en las vidas de los apóstoles habia algo de prodigioso; empresas atrevidas, predicaciones intrépidas, sostenidas por muchos y señalados milagros, viajes peligrosos, misiones lejanas á las islas del mar y á las tierras bárbaras. San Andres recorre el Asia Superior; San Pablo evangeliza ciudades llenas de estudiantes y retóricos. San Mateo entra hasta en la Etiopia, San Felipe en la Escitia, San Bartolomé en las Indias, mas allá de los sitios que visitó Alejandro. Aun en el seno del imperio, en Jerusalem, Aténas, Roma, ¡qué maravillas no herian los ojos! La fe del Crucificado que penetraba al mismo tiempo en el tugurio del pobre y en el palacio de los Césares, triunfando en el Sanhedrin y en el Areópago; la bienaventurada Virgen que humildemente desapareció en el retiro, desde que la gloria de su hijo fué ensalzada; Pablo gobernando las Iglesias de Europa y Asia, y viviendo con el trabajo de sus manos; Pedro, grosero pescador que marchó á Roma á disputar con un sofista armado de las sutilezas griegas y de los prestigios orientales, y venció en la lucha. ¡Cuántas emociones!

Estas leyendas forman en efecto una interesante coleccion de Memorias sobre los tiempos de la propagacion evangélica; si la historia positiva está en ellas algo alterada, la historia moral adquiere notable realce con rasgos llenos de atractivo y de verdad. Inmenso es su número; se refieren á cada personaje evangélico, y relatan sus viajes y sus virtudes. Elegi-

(1) NARRACION, t. II.

rémolos algunos trozos que nos muestren su índole.

Abdias escribió una *Historia certaminis apostolici*, que como narración no resiste la crítica; pero que revela las costumbres, las pasiones y el estado social. Quizá no sea más que una colección, indudablemente antigua, de tradiciones aun más antiguas sobre los doce apóstoles, más o menos interesantes. De la vida de San Andrés tomamos el siguiente episodio:

« Vivía en Pátras con su esposo una mujer llamada Trofima, que antes de casarse había sido concubina del procónsul. Cuando el apóstol San Andrés llegó, era ya cristiana, y por lo mismo iba á menudo al palacio del procónsul, donde Andrés introducía á los neófitos. La frecuencia de estas visitas desagradó á su marido, el cual fué á ver á la mujer del procónsul y le dijo: « Trofima es concubina de vuestro esposo: la ha casado conmigo con el fin único de poseerla más cómodamente. » Al oír estas palabras la mujer del procónsul se siente abrasar de celos. « Ahora comprendo (exclama) por qué mi esposo me olvida hasta el punto de no verle hace seis meses. Sin duda ama á alguna esclava. » Dicho esto, llama al procurador imperial y le da orden de prender á Trofima y ponerla como meretriz en un lupanar. El procurador obedece, y arroja á Trofima en un burdel.

« Entretanto Lesbio (que así se llamaba el procónsul), ignorante del caso, y no viendo volver á Trofima, preguntaba á todos qué era de ella; pero nadie satisfacía su curiosidad. Ella, en cuanto se vió encerrada en aquel lugar vergonzoso, se arrodilló y no cesaba de orar. Cuando los libertinos querían acercarse, les oponía el santo Evangelio que llevaba en el seno, é inmediatamente se ponían pálidos y perdían su atrevimiento. Pero uno, más procaz y temerario, la atacó con tal violencia que los vestidos fueron desgarrados y el Evangelio cayó al suelo. « ¡Dios mío (exclamó Trofima con ternura y temblando)! no permitáis que mi cuerpo sea contaminado, tú que me inspiraste el amor á la castidad! » Al momento un ángel se interpuso entre ella y el joven, que cayó muerto. Esta visión tranquilizó á la piadosa neófito, de tal modo que no temió ya verse abandonada por el Cielo, y habiéndose puesto á orar, pidió y obtuvo la resurrección del joven que había intentado violarla. Aquel accidente atrajo á toda la ciudad á la casa donde la tenían presa.

« Mientras acontecía esto, la mujer del procónsul iba al baño con el procurador imperial; pero no bien entraron en él, cuando se les apareció un demonio negro y á su vista ambos cayeron sin vida. La multitud que acudió, lanzaba grandes voces en torno del sitio donde había sucedido el hecho, y algunos volaron á informar al procónsul y al santo apóstol de uno y otro accidente. El bienaventurado Andrés tomó de aquí motivo para decir al pueblo:

« Ved, amigos míos, adonde conduce el demonio: esta mujer expuso á Trofima á la disolución, y el Cielo no ha tardado en castigar tal iniquidad; la matrona, autora de este delito, ha sido herida en unión de su cómplice. »

« En esto llega la nodriza de la mujer del procónsul, llevada en brazos á causa de su mucha edad. Al ver el cadáver de su hija de leche lanza grandes gritos, se arranca los vestidos, y volviéndose al apóstol bendito exclama: « Sabemos que eres el amigo de Dios, y que nada se niega á tu súplica. Lastímate, pues, de mi vejez, y devuélveme á la que es mi único amor. » Conmovido por su llanto el bienaventurado Andrés, preguntó al procónsul: « ¿Deseas que resucite? » No quiera Dios (respondió) que resucite la que está manchada con tan grave culpa. — No digas eso (replicó severamente el apóstol); está escrito: *Sed misericordiosos, si queréis alcanzar misericordia.* » Hablando así, mandó traer el cadáver de la mujer del procónsul, y dijo: « ¡Oh, Señor! resucita esta mujer, á fin de que este pueblo sepa que sois el verdadero Dios, y que no queréis la muerte del pecador. » Volviéndose luego al cuerpo: « Mujer, levántate (dijo). » É inmediatamente la mujer del procónsul se levantó. Pero en cuanto vió la multitud, bajó los ojos, inclinó la cabeza y empezó á llorar á lágrima viva. « Mujer (añadió el apóstol), vé, vuelve á tu casa, y ruega en silencio al Señor, que te dará fuerza. — No podré (repuso la infeliz sollozando) si antes no me reconciliarais con Trofima, á quien tanto mal he hecho. — Vé en paz (le dijo el apóstol); Trofima es cristiana, y en vez de recordar el mal que le has hecho, da gracias al Cielo por tu resurrección. » Pero como Calixta insistiese, Trofima fué conducida á aquel sitio, y ambas se abrazaron ante todo el pueblo, que admiró mucho más el poder del Dios de los Cristianos, multiplicándose de este modo las conversiones. »

En la vida de San Pedro se lee:

« El apóstol bendito, después de difundir la luz por el Asia, había venido á Roma, donde labraba con gran celo la viña del padre de familia. Entretanto se acercaba la vejez. Un día, pues, tomando de la mano al sacerdote Clemente, se levantó en la reunión de los fieles, y dijo: « Oídme, hermanos, pues el Señor Dios que me envió, ha puesto su palabra en mi boca. El día de mi muerte se acerca. He elegido por mi sucesor á Clemente. Le ordenaré obispo, y á él solo entregaré esta cátedra de doctrina y de exhortación, porque Clemente ha sido desde el principio y hasta hoy el compañero de mis fatigas, y ha soportado con valor todas mis tentaciones sin sucumbir jamás. Le he hallado siempre pio, amigo de los hombres, casto, aplicado al estudio, sobrio, benévolo, justo, paciente, llevando con paciencia las injurias de aquellos mismos á

quienes instruía en la palabra del Señor. Por eso le entregué la facultad de atar y desatar que me confió el Señor, á fin de que todo lo que él ate ó desate en esta tierra, lo sea también en el cielo. »

Majestuosa y patética á la par es la muerte del Santo. Á instancias de los suyos, resuelve sustraerse de la persecución:

« Habiendo sobrevenido la noche, el apóstol, después de celebrar los santos misterios, abrazó á sus hermanos y partió solo. Estaba á la puerta de la ciudad, cuando vió que Cristo salía á recibirle. San Pedro arrojándose ante él, le dijo: « ¡Oh Señor! ¿adónde vais? — Voy á Roma (respondió el Señor) para ser allí crucificado nuevamente. » (Fuera de Roma se muestra todavía una capilla construida donde se verificó este encuentro, y la llaman: *Domine, quò vadis*). El apóstol comprendió que quería hablar del dolor que experimenta en cada uno de los miembros de su Iglesia. Volvió, pues, á la ciudad, y habiéndole cogido los guardias, fué condenado en seguida al suplicio de la cruz. El pueblo, sabedor de la sentencia, acudió al lugar del suplicio en tan gran número que la plaza no bastaba á contener las personas de ambos sexos y de todas clases que en alta voz exclamaban: « ¿Por qué matáis á Pedro? » ¿Cuál es su delito? ¿Ha cometido alguno contra la ciudad? La ley prohíbe condenar á un inocente. Temblad no sea que Cristo castigue su muerte y que todos nosotros pezcamos. » Pero el bienaventurado Pedro calmó el furor de la multitud, por temor de que se entregase á alguna violencia contra el príncipe. « Romanos (les dijo) que creéis en Cristo y esperáis en él, tened prudencia y pensad en los consuelos que os ha dispensado mediante las maravillas que ejecutó por mi mano. Aguardad, pues, en paz su venida y las recompensas que dará á cada uno según sus obras. Lo que véis hacer con él, no os escandalice: ¿el discípulo sería más que el maestro? Sabed que yo acelero el momento en que, libre de la carne, veré al Señor Dios mío. » Después con más fuerza, añadió: « Pero ¿por qué tardo en acercarme á esa cruz? Verdugos, aquí tenéis mi cuerpo. Señor, mi alma se lanza á vos. » Dicho esto, se dirigió á la cruz, y rogó que se le colocase en sentido contrario « para que el discípulo no fuese crucificado como el maestro. » Cuando los verdugos le hubieran clavado en el madero ignominioso, exclamó: « ¡Oh inefable y profundo misterio de la cruz! ¡Oh vínculo de inseparable amor! Este es el árbol de la vida, en que fué inmolado el cuerpo del Salvador. » Pero aquí, en este madero, fué crucificada también la muerte, y su cautividad libertó al mundo. ¡Incomparable gracia de la cruz! ¡Amor invencible de la cruz! ¡Gracias, oh Señor, Dios vivo! Gracias os doy con la voz, el corazón y el espíritu; con el espíritu que os ama, que os proclama, que os invoca, que

os teme; con el espíritu que os comprende y os ve. Sois todo para mí, y yo estoy todo en vos, ¡oh Señor! Señor bueno, verdadero, Hijo de Dios; sois Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en la eternidad de los siglos. » Cuando todo el pueblo á una voz respondió *Amen*, el apóstol exhaló el espíritu. »

Otra historia de grande interés es la de Tecla, en la que figura como principal personaje San Pablo (publicada por Man. Grabe, en el tomo I del *Spicilegium Patrum primi sæculi*, Oxford 1698). Vamos á presentar el análisis hecho por Saint-Marc-Girardin.

« San Pablo, habiendo partido de Antioquía, se dirigía á Iconio acompañado de Démas y Hermógenes, hombres hipócritas y envidiosos, cuyo único objeto era tratar de perder á su maestro.

« En casi todas las vidas de los santos de aquella época interviene algún discípulo perdido que representa el papel del Júdeo de la Pasión; esta especie de personaje no puede considerarse, sin embargo, como una mera imitación del Evangelio, sino que es también, digámoslo así, una indicación, una memoria de los peligros de traición que acompañaban en aquella época á la predicación de la fe cristiana.

« Vivía en Iconio un Cristiano llamado Onesíforo, el cual, noticioso de que San Pablo debía visitar aquella ciudad, le salió á recibir con su mujer y sus dos hijos. Corrían por el camino que conducía á Antioquía, y de tiempo en tiempo se detenían á observar todos los peregrinos que encontraban, cuando al fin vieron adelantarse á un hombre de baja estatura, con la cabeza calva, espesas cejas y nariz aguileña: era San Pablo. Le conocieron por estas señales, que un tal Tito, Cristiano de Antioquía les había indicado, y principalmente por la serenidad de su semblante, lleno de la gracia del Señor, que parecía ora de ángel, ora de hombre.

« Salud, dijo Onesíforo, Salud, ¡oh siervo del Dios que bendice; » y San Pablo le respondió: « La gracia del Señor sea contigo y con toda tu casa. » La envidia se apoderó de Démas y Hermógenes: « ¿Y nosotros, observaron con humilde hipocresía, no somos asimismo siervos del Dios que bendice? ¿Por qué no nos decís también salud? — Si igualmente sois siervos de Dios, respondió Onesíforo, sed los bienvenidos, y venid conmigo á reposar en mi casa. » Y apenas San Pablo entró en la casa, fué grande la alegría de toda la familia; todos se postraron y oraron. Después de la cena, San Pablo exclamó:

« Bienaventurados los que tienen el corazón puro, pues que verán á Dios: bienaventurados los que viven castos y sin mancha, porque serán los templos de Dios.

« Bienaventurados los que oyen con temeroso respeto la palabra de Dios, porque serán consolados: bienaventurados los que conservan la pureza del bautismo, porque reposarán en el seno del Padre; bienaventurados los que cono-

cen á Jesucristo, porque habitarán en la luz.  
» Bienaventurados especialmente los cuerpos y las almas de las vírgenes, porque ellas agradarán á Dios, y no perderán el precio de su castidad.»

» Así habló San Pablo en la casa de Onesiforo.

» No sé si me engaño; pero me parece que esta escena de cristiana hospitalidad tiene una gracia, un encanto particular. Son casi las antiguas costumbres de Homero; la misma ansia de recibir á un huésped; mas aquí no se trata de un huésped vulgar, que venga en nombre de Júpiter á sentarse en el hogar; se trata de un siervo del Dios que bendice, se trata de un apóstol: ved, de consiguiente, con qué solicitud acude toda la familia á recibirle. Ulises dice á Nausícaa: « Los dioses te concedan cuanto pueda desear tu corazón: marido, hijos y una sola voluntad en dos almas.» Estos son los votos del mundo, los votos del paganismo. ¿Qué dice al contrario el santo huésped de Onesiforo? « La gracia de Dios sea contigo y con toda tu casa.» Tal es el espíritu de la nueva fe.

» El mismo contraste se advierte en los deseos y en las ideas de felicidad.

« ¡Tres veces feliz el padre y la madre veneranda, tres veces felices los hermanos que sienten ensancharse su corazón y brillar con una alegría pura al ver tomar parte en la danza á tan gracioso vástago! Pero, sobre todo feliz el que pueda un día llevarte á su casa, cargado de regalos nupciales.»

» Tales eran los votos que hacía doce siglos, y sin duda mucho tiempo antes, abrian los corazones de las doncellas á los ruegos de los suplicantes; tales eran las palabras que las obligaban á detenerse, que tranquilizaban su timidez, cuando iban á huir trémulas al acercarse un extranjero. ¿Es este el lenguaje del huésped de Onesiforo? No: « Bienaventuradas, exclama, las vírgenes que conservan su castidad.» Y sin embargo, con estas severas palabras, con esta absoluta negacion de las costumbres antiguas, y hasta de los impulsos de la naturaleza, logra atraerse el corazón de las mujeres y de las doncellas de Iconio.

» Mientras San Pablo predicaba en casa de Onesiforo, una joven, llamada Tecla, prometida en matrimonio á un mancebo llamado Tamiris, escuchaba de día y noche, estando á la ventana de su casa, los discursos del apóstol acerca de Dios, de la caridad, de la fe en Jesucristo, de la oración. No había visto aun á San Pablo; solo había oído su voz, y ya se sentía dominada por la fe nueva.

» Teoclia, su madre, viendo que no quería alejarse de la ventana, envió á buscar á Tamiris, el cual acudió lleno de alegría creyendo que iba á unirse al fin á su prometida. « Tamiris, le dijo Teoclia: Voy á comunicaros una novedad. Hace tres días que Tecla no deja la ventana, ni para comer, ni para beber; la elocuencia de ese extranjero que habita en casa de Onesiforo y sus perniciosos discursos son

los que la tienen hechizada. Ella, que era tan modesta y reservada, no conoce ya ningún respeto, y solo de él se cuida. Es un hombre que seduce á toda la ciudad de Iconio, y en cuanto á mi hija Tecla, la doy ya por perdida. Todas las mujeres y todos los jóvenes van á oírle, y les enseña que no hay mas que un Dios y que es preciso vivir en la castidad.»

» Tamiris se dirigió á la habitación de Tecla, y la encontró como absorta en éxtasis. « Tecla, le dijo con acento tímido y amoroso; Tecla, mi querida esposa ¿por qué estás así inmóvil, con los ojos bajos? Mirame; soy tu Tamiris.» La madre añadió: « Amada hija, responde, dime: ¿qué idea se te ha fijado en la mente? » Y lloraban ambos con el dolor de haber perdido el uno su esposa, y la otra su hija, y los esclavos tambien lloraban, temiendo que les arrebatasen su joven ama. Pero Tecla no parecía notar esta dolorosa escena, y tenia los ojos y el espíritu enteramente vueltos á la parte donde estaba San Pablo. Desesperado Tamiris, dejó á su prometida, y salió; en aquel momento salían tambien dos hombres de la casa de Onesiforo, y Tamiris se adelantó hácia ellos: « ¿Quién es, les preguntó, el hombre que está en esa casa, que extravía los entendimientos de los jóvenes y de las doncellas, y prohíbe los matrimonios? Decídmelo; yo os recompensaré: soy una de las principales personas de Iconio.»

» Aquellos dos individuos eran Démas y Hermógenes: le contestaron sin rodeos que el extranjero á quien aludía era un Cristiano, y que convenia conducirlo ante el prefecto de la ciudad, para que le castigase segun el decreto del emperador. Tamiris, en cuanto concluyeron de hablar, corrió á casa de Onesiforo con una multitud de gente armada de palos, y prendió á San Pablo, diciéndole: « Tú seduces toda la ciudad de Iconio, y en especial á Tecla, mi prometida, que no quiere ya casarse conmigo. Inmediatamente sígueme al tribunal.» Y el pueblo á una voz gritaba: « Llevad preso al brujo; llevad preso al mágico, que no quiere que las jóvenes se casen.»

» Véase un testimonio ingenuo del efecto que debía producir la doctrina de la virginidad, tan inculcada por los primeros padres de la Iglesia: excitaba maravilla é ira al mundo antiguo que casi no tenia indicio de ella, introducía el desorden en las familias, y desunía á los desposados. Pero guardémosnos de censurarla demasiado, pues que aquella doctrina contribuyó mucho á dar al Cristianismo un vigor saludable, un impulso vehemente. Es sabido que la religion adquiere fuerza á medida de los sacrificios que impone, de modo que parece que el corazón humano posee un instinto que le advierte no haber verdaderamente religion donde no hay algun fatigoso deber que cumplir. El hombre reconoce una ley divina en la pena que le cuesta la obediencia.

» La doctrina de la virginidad ha producido

otros benéficos efectos; es la que, entre todas las ideas del Cristianismo, ha contribuido mas á la emancipacion de las mujeres. Antes de ser anunciada, la mujer no podia tratar con el hombre de igual á igual: ¿ni cómo habia de considerar el hombre libre su igual á la mujer, cuando esta no era libre en ninguna parte, cuando en cualquier condicion que la viese, doncella ó esposa, la veía dependiente? El Cristianismo, haciendo del nombre ó del estado de virgen una condicion nueva para las mujeres, les cambió todo, pues desde el momento en que hubo para las mujeres un género de vida independiente y libre, desde el momento en que pudieron tener un grado en la sociedad cristiana, y no depender sino de sí mismas, pudieron tambien tratar con el hombre de igual á igual; así la doctrina de la virginidad, que parecia debiera ser funesta al matrimonio, le dió mas fuerza, y le añadió nueva grandeza, pues desde entonces fué una alianza entre iguales.

» San Pablo estaba preso en Iconio. Cuando llegó la noche, Tecla se quitó los pendientes, y los dió al portero de la casa para que le abriera la puerta; en seguida se dirigió á la cárcel, y seduciendo al carcelero con el regalo de un espejo de plata, se introdujo cerca de San Pablo. Estaba postrada á los piés del apóstol, besaba sus cadenas, le oía hablar de las grandezas de Dios, y su fe se enardecia viendo con qué ánimo San Pablo soportaba los padecimientos por amor de Dios.

» Entretanto Tamiris, Teoclia y sus esclavas recorrian la ciudad en busca de Tecla. Despues de largas indagaciones, lograron averiguar que se habia trasladado á la prision, y sin demora impusieron de todo al prefecto, el cual mandó comparecer á San Pablo ante su tribunal. Tecla se quedó en la cárcel, y se postró en el sitio donde San Pablo le habia hablado; pero pronto fué llamada tambien al tribunal, presentándose en él llena de júbilo. « ¿Por qué, le preguntó el prefecto, no os casáis con Tamiris, vuestro prometido, segun la costumbre y la ley de Iconio? » Tecla no respondió nada, y permaneció inmóvil sin apartar los ojos de San Pablo. Entonces el pueblo gritó: « Es un brujo, condenadle á muerte; » y Teoclia, irritada contra su hija, gritaba que era preciso condenarla á ella tambien.

» El prefecto ordenó que San Pablo fuese azotado con varas y expulsado de Iconio, y condenó á Tecla á ser quemada en medio del circo. Luego salió del tribunal para trasladarse al teatro, donde todo el pueblo le siguió, ávido de presenciar aquel terrible espectáculo. Tecla, semejante á una cordera del desierto que busca á su pastor, fijaba los ojos en la muchedumbre para ver allí á San Pablo, y en efecto, le vió, ó mas bien divisó al mismo Cristo bajo la figura de Pablo. « San Pablo, dijo para sí, viene á contemplarme, como si desconfiara de mi valor en medio de los padecimientos; » y volviéndole

á mirar fijamente, advirtió que subía al cielo. Entretanto el pueblo llevaba leña y estopa para quemar á Tecla, la cual hizo la señal de la cruz, se despojó de sus vestidos y permaneció desnuda sobre la hoguera: tan hermosa estaba que el presidente de los juegos lloró al verla próxima á morir. Entonces el pueblo aplicó el combustible á la leña, que ardió por todos lados. Tamiris no se movió, y Tecla iba á perecer, cuando de repente un terremoto sacudió la tierra, y se levantó un violento huracan que derribó la hoguera, apagó la llama y dejó á Tecla sana é intacta.

» Mientras esto pasaba, San Pablo se mantenía oculto en un sepulcro en el camino de Iconio á Dafne, con Onesiforo, su mujer y sus hijos, y todos ayunaban y oraban. Despues de muchos días de ayuno, los niños dijeron á San Pablo: « Padre, nos morimos de hambre, y no tenemos con qué comprar un pan.» Y así era en efecto, pues Onesiforo lo habia dejado todo por seguir á San Pablo. Oído lo cual por el apóstol, se quitó de encima la túnica, y dijo á uno de los niños: « Vé, hijo mio, compra pan y tráenoslo.» El niño volvía con el pan, cuando encontró á Tecla: « ¿ Adónde vais, Tecla? » le dijo. — « Voy á buscar á San Pablo, respondió; el Señor me ha salvado del fuego. » — « Pues bien, replicó el niño, venid conmigo, y os conduciré á él; hace seis días que está lleno de angustia por vos, y que ora y ayuna.»

» Tecla y el niño entraron en el sepulcro, y hallándose reunidos de este modo todos los fieles secuaces del apóstol, se sentaron á la mesa con grande alegría. Los pobrecillos no tenían mas que cinco panes, algunas legumbres y agua; pero estaban contentos con la obra de Cristo y la salvacion de Tecla, la cual dijo á San Pablo: « Sal ahora, y te seguiré á todas partes; » pero San Pablo le contestó: « El siglo es perverso, y tú hermosa, debes temer los inicuos ataques de los hombres mundanos. » — « No, no: dame el bautismo de Cristo, y no temeré ninguna otra prueba.»

» Á la exposicion de estas escenas domésticas, narradas con tanta ingenuidad y sencillez, sucede la relacion de nuevos peligros. Tecla es condenada en Antioquia á ser expuesta á las fieras, y entonces el relato se impregna de aquel doble carácter de maravilloso por un lado, y de verdad en la representacion de las costumbres por el otro.

» Tecla, cuando supo su sentencia, no pidió mas gracia que la de ser preservada hasta la muerte de todo ultraje. Entonces el juez preguntó si habia alguna mujer que quisiera acogerla en su casa, y una viuda rica llamada Trisina, que hacia poco habia perdido su hija, se ofreció á custodiarla, y la trató con materna solicitud. Una noche se le apareció á Trisina su hija, y le dijo: « Madre mia, tratad á Tecla, esa santa sierva de Cristo, como si fuese vuestra hija; tratadla como á mí en otro tiempo, y decidle que ruegue por mí.»

» Trisina asustada y llorando fué á ver á Tecla y le dijo : « Mi hija se me ha aparecido y me ha mandado que os trate como si fuéis hija mía, y que os diga que roguéis á Dios por ella. » Entonces Tecla se arrodilló y oró de este modo : « Dios mio, señor del cielo y de la tierra, conceded á la hija de esta mujer el reposo y la vida eterna : os lo suplico con toda mi alma ; » y durante la oracion de Tecla, Trisina gritaba llorando : « ¡ Oh inicua sentencia ! ¡ Oh delito ! ¡ Ser condenada á las fieras una mujer como esta ! »

» El día señalado, á la hora del alba, vinieron los soldados á casa de Trisina y le dijeron : « El pueblo espera, entregadnos la culpada. » Pero Trisina se desató á llorar, y entre sollozos decia : « ¿ No hay, pues, ninguno que me ayude : soy una pobre viuda, no tengo ya marido que me defienda, ni hija que me consuele. ¡ Oh Dios de Tecla, Dios de mi hija, protege á tu sierva ! » Entretanto los soldados llevaban á Tecla al circo, y Trisina la seguia exclamando : « ¡ Ay de mí ! he conducido mi hija al sepulcro, y ahora es fuerza que conduzca á Tecla á ser devorada por las fieras. »

» En el circo habia un ruido espantoso ; se oían los aullidos de las fieras y los clamores del pueblo que gritaba : « ¡ Traed la culpada, la culpada ! » Pero las mujeres despedían hondos suspiros, sollozaban, lloraban y exclamaban : « ¡ Oh cruel espectáculo ! ¡ Oh inicua sentencia ! Esta ciudad será arruinada á causa de sus injusticias. ¡ Condenadnos á todas, matadnos á todas ! »

» Tecla estaba en medio del circo, sin mas ropa al rededor de su cuerpo que el ceñidor. De repente una leona se lanzó furiosa de la cárcel ; pero al ver á Tecla se detuvo, se amansó, se echó á sus piés, y empezó á lamérselos suavemente. Las mujeres exhalaban gritos de alegría. Avalanzóse un oso contra Tecla ; pero la leona combatió con él y le mató. Vino en seguida un leon, y tambien con él luchó la leona y le mató, aunque no sin caer muerta junto con su enemigo. Otras fieras se lanzaron furiosas contra la virgen, pero todas apenas la veían, se amansaban. En vista de esto las mujeres, ebrias de alegría, maravilladas, arrojaban flores, gritaban con entusiasmo, esparcian perfumes, de modo que el circo se llenó de olores deliciosos. El prefecto, atónito, confuso, llamó á Tecla á su tribunal y le dijo : « ¿ Quién sois, pues ? ¿ Cuál es vuestra naturaleza ? ¿ Por qué ninguna de las fieras os ha tocado ? » — « Soy una sierva del Dios vivo, respondió Tecla ; creo en Jesucristo, Hijo de Dios : ved por qué no me ha tocado ninguna fiera. »

» El prefecto, conmovido al oír estas palabras, hizo traer vestidos, y mandó á Tecla que se los pusiese : ella obedeció y dijo : « Aquel Dios que me ha vestido cuando estaba desnuda en medio de las fieras, os vista á vos el día del juicio con a túnica de la salud. » — « ¡ Id : sois libre, repuso el prefecto, porque sois la sier-

va de Dios. » Entonces todas las mujeres se agolparon en derredor de ella, gritando en coro : « No hay mas que un Dios, el Dios que adora Tecla, el Dios que ha salvado á Tecla ; » y la condujeron en triunfo á casa de Trisina.

» No fué esta la última prueba de Tecla. Habiéndose aumentado la fama de su santidad, fijó su retiro cerca de Seleucia sobre un monte, en una caverna, donde enseñaba la fe nueva y curaba á los enfermos. De todos los lugares circunvecinos se dirigian al monte donde habitaba Tecla muchos enfermos y poseidos, los cuales quedaban curados con solo aproximarse á su caverna. De consiguiente, los médicos de Seleucia no tenían que hacer, pues nadie los consultaba ; y llenos de ira y de envidia, decidieron la ruina de Tecla. « Es una virgen, decían, que se ha consagrado á Diana ; la diosa la ama por haber conservado la castidad, y la concede cuanto pide. Enviemos hombres que la despojen de su honra, y en cuanto haya perdido la virginidad, Diana no acogerá sus súplicas en favor de los enfermos. » En efecto, enviaron al monte algunos miserables completamente ebrios, que se habian apoderado ya de Tecla, cuando esta, desasiéndose con toda su fuerza, gritó : « ¡ Sálvame, sálvame, Dios mio ! » En el momento se oyó una voz bajada del cielo : « No temas nada, Tecla, y mira, » Tecla miró, y vió abrirse la roca que formaba la caverna, hasta poder dar entrada á una persona ; y la virgen se lanzó al traves de aquella abertura, que inmediatamente volvió á cerrarse, sin que fuese posible distinguir la parte en que se habia hendido la piedra. — Tambien los demas que representaron un papel en el sublime drama de la Redencion, tuvieron en la tradicion oral una historia, que despues fué completada y recopilada, ya en los conventos, ya en el tiempo de las Cruzadas. Así, la pecadora de Magdalo, á la que se perdonó mucho, porque amó mucho, fué confundida con la hermana de Marta y de Lázaro, y con la que acompañó á la Virgen al Calvario ; y porque á sus errores siguió una grande expiacion, se contó que se habia retirado á una gruta de Provenza, entregándose á todos los rigores, á toda la devocion que podia sugerirle su penitente amor. Se escribieron asimismo historias de Marta, de Longinos, de la Verónica, de Pilátos, y ya hemos hablado de ellas en la NARRACION.

## CATÁLOGO DE LIBROS APÓCRIFOS.

1º *Libro de la genealogía de Adán*, atribuido á los maniqueos ; — 2º *Apocalipsis de Adán*, atribuido á los gnósticos ; — 3º *Libro de Adán sobre la Divinidad*, en árabe, y que los musulmanes dicen que Dios lo inspiró al primer hombre ; — 4º *Vida de Adán*, en griego ; — 5º *Libro de Adán*, ó sea *Código de los Nazarenos*, en siríaco ; — 6º *Penitencia de Adán*, citada en el decreto de Gelasio contra los apócrifos ; —

7º *Testamento de Adán* ; — 8º *Evangelio de Eva*, que atribuye San Epifanio á los gnósticos ; — 9º *Conferencia de Cain y Abel* ; — 10º *Libro de Seth sobre la estrella que tiene que anunciar la venida del Mesias* ; — 11º *Libros atribuidos á Seth* por varias sectas orientales ; — 12º *Profecias de Enoc*, en etiope ; — 13º *Oraçiones que rezaba todos los días Noé dentro del arca, sobre el cuerpo de Adán* ; — 14º *Testamento de Noé* ; — 15º *Libro de Noria, mujer de Noé* ; — 16º *Profecias de Cam*, que se atribuyen al hereje Isidoro ; — 17º *Libro de los Gigantes*, hallado por Cainan ; — 18º *Historia y Salmos de Melquisedec* ; — 19º *Libro de Adán sobre la idolatría, Apocalipsis, Interpretacion de los sueños, Salmos y Testamento del mismo* ; — 20º *Narracion apócrifa de Lot* ; — 21º *Salmos de Isaac* ; — 22º *Testamento de los doce patriarcas Ruben, Simeon, Levi, etc.* ; — 23º *Oracion de Josef* ; — 24º *Su Coloquio con la mujer de Putifar* ; — 25º *Historia de Asenet, mujer de Josef* ; — 26º *Palabras de la mujer de Job* ; — 27º *Adiciones apócrifas al libro de Job* ; — 28º *Su Testamento*, citado por Ángel Mai en su *Scriptorum veterum nova collectio*, t. VII ; — 29º *Libro del gigante Og* ; — 30º *Libro de Hédam y de Modal* ; — 31º *Libro de Jannes y Mambri* ; — 32º *Salmo, Vida, Muerte, Discursos místicos, Apocalipsis de Moises y su Testamento*, que se atribuyen á los sethianos ; — 33º *Pequeño Génesis* ; — 34º *Libro apócrifo de Josué* ; — 35º *Explicacion de los nombres sagrados, hecha por Fineo* ; — 36º *Salterio de Salomon* ; — 37º *Cartas de Salomon á Vefri, rey de Egipto, y á Hiram, rey de Tiro* ; — 38º *Visiones apócrifas de Isaías* ; — 39º *Profecias apócrifas de Jeremias, Elias, Baruc, Daniel, Sofonias, Abacuc, Zacarias y Ezequiel* ; — 40º *Epistola de Baruc é Himnos de Hosana del sumo pontífice Ezequías* ; — 41º *Apocalipsis de Ésdra* ; — 42º *Historia de José el carpintero*, en árabe ; — 43º *Evangelio segun los Hebreos* ; — 44º *Evangelio segun los Nazarenos* ; — 45º *Evangelio de los doce Apóstoles* ; — 46º *Evangelio de San Pedro* ; — 47º *Evangelio segun los Egipcios* ; — 48º *Evangelio de la infancia del Salvador y de la Natividad de la Virgen* ; — 49º *Evangelio del nacimiento de la Virgen* ; — 50º *Protoevangelio de Santiago* ; — 51º *Evangelio de la infancia del Salvador*, en griego y en árabe, llamado tambien *Evangelio de Santo*

*Tomas* ; — 52º *Evangelio de Nicodémus* ; — 53º *Evangelio eterno* ; — 54º *Evangelio de San Andres* ; — 55º *Evangelio de San Bartolomé* ; — 56º *Evangelio de Apéles* ; — 57º *Evangelio de Basilides* ; — 58º *Evangelio de Cerinto* ; — 59º *Evangelio de los Ebionitas* ; — 60º *Evangelio de los Encrálitos* ; — 61º *Evangelio de San Juan, ó sea Historiu de la muerte de la Virgen*, — 62º *Evangelio de San Matias* ; — 63º *Revelaciones de San Bartolomé*, en copto ; — 64º *Evangelio de la perfeccion* ; — 65º *Evangelio de Marcion*, que quizá es el mismo que el de los Hebreos ; — 66º *Evangelio de los Simonianos* ; — 67º *Evangelio segun los Sirios* ; — 68º *Evangelio de Tadeo, ó de San Judas* ; — 69º *Evangelio de Valentino* ; — 70º *Evangelio de vida, ó viviente* ; — 71º *Evangelio de San Felipe* ; — 72º *Evangelio de San Bernabé* ; — 73º *Evangelio de Santiago el Mayor* ; — 74º *Evangelio de Judas Iscariotes* ; — 75º *Cartas de San Pablo á Séneca* ; — 76º *Carta de San Juan á un hidrópico* ; — 77º *Carta de San Pedro á Santiago* ; — 78º *Carta de Cristo á Abgar, rey de Edesa* ; — 79º *Sentencias de Cristo* ; — 80º *Cartas de Pilato y de Lentulo á Tiberio*.

Despues de la coleccion de G. A. Fabricio, Amburgo, 1703, y de la de C. Thilon en Leipsick, 1832, han salido :

*Evangelii apocrypha, adhibites pluribus codicibus græcis et latinis maximam partem num primum consultis, atque ineditorum copia insignibus, edidit* Constantinus Tischendorf. Leipsick, 1853. Sobre el origen y la calidad de los libros apócrifos es digno de consultarse un artículo de C. J. Ellicot en los *Sabios de Cambridge*, del año 1856, que dió la *Revue Britannique* del año 1863. En él trata del origen de estas fábulas, compuestas en parte de piadosas tradiciones, en parte de piadosos fraudes, y en parte de alteraciones hechas por herejes ; de cuanto han introducido en las creencias comunes y sucesivamente en las artes, y de tantos nombres de personas que los evangelios no hacen mas que apuntar, como por ejemplo Ana y Joaquin, Procla, mujer de Pilato, la Verónica, Longinos, Disma y Jesta, ladrones ; y tambien de la vara florida de José, representado anciano, de los animales y de los ángeles del pesebre, y de la luz que lo iluminó, etc.